Procesamiento Técnico Documental Digital
UDI-DEGT-UNAH

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I | TEGUCIGALPA: 15 DE SEPTIEMBRE DE 1901 | NUM. 4

15 de Septiembre

En el día de oro de la República, en el aniversario de la fecha inicial inolvidable, en que surgimos á la vida de la Libertad y del Derecho, saludamos con ardiente entusiasmo nuestro hermoso pabellón nacional, en que vive y ondula y se estremece el alma de la Patria!

Plenilunio

En la inefable soledad nocturna
Erraban nuestras almas al acaso.
Yo miraba á la virgen taciturna.

Ella se estremeció, detuvo el paso,
Y ví entonces su pálido semblante
De la alba luna al resplandor escaso.

¿En qué niebla de ensueño ya distante,
En qué anhelo de luz y de poesía
Sentí el calor de su belleza errante?

¿En qué país de gracia y de harmonía
Ví de su boca la sonrisa leve
Y escuché de su voz la melodía?

Mi espíritu besó un perfume breve.....
Y un trémulo fulgor en mi memoria
Brilló, al mirar á la mujer de nieve.

¿Era el recuerdo de una vieja historia,
De una triste leyenda que evocara
En mi alma su imagen ilusoria?

Escultura de un pálido Carrara,
Que intensa gracia á la actitud aduna,
Me pareció por su belleza rara.

Jamás he de mirar mujer alguna
Como aquélla, tan blanca y peregrina,
A la luz misteriosa de la luna.

Habló.....y era una música divina
Y un arrullo la voz en su garganta.
Frágil como campana cristalina.

Pero algo en ella á mi pesar me espanta.... .
Yo no sé lo que dijo; pero un eco,
Un eco funeral su voz que encanta

Dejó en mi corazón. Lúgubre y seco
Vibra en él ese ritmo desolado,
Como en un ataúd sonoro y hueco.

Me parece que llevo amortajado
En mi alma su espíritu silente,
Su espíritu harmonioso y delicado.

Recuerdo ahora que besó mi frente,
Y el beso de su boca era tan frío,
Que me hizo tiritar. Profundamente

Azotóme un intenso calofrío,
Y en su rostro miré, á la luz incierta,
De su llanto correr amargo río.

Mas ahora me pregunto: ¿Estaba muerta?
¿Cuándo fué que la ví? Marmórea y grave,
Parecía vivir, y estaba yerta.

Se alejó, y ví su sombra cual de un ave
Que volara muy bajo. Y ví la mía
Correr tras ella..... ..; pero nadie sabe

Si logró darle alcance en la sombría
Mansión de los misterios. La nocturna
Hora de la ideal Melancolía

Vió mi alma tras la virgen taciturna.

FROILÁN TURCIOS.

La llegada de Belkiss

(TRADUCCIÓN DE LUIS BERISSO)

En pleno estío en Jerusalem. Laminados de oro, los palacios arden al sol; de las ventanas cuelgan paños de púrpura. En lo alto de los muros y de las terrazas, agitando floridos gajos de almendro, hombres, mujeres y niños, esperan, con aclamaciones festivas, la llegada de la reina de Saba, cuyo séquito viene costeando majestuosamente el Cedrón, entre nubes de polvo rosáceo.....La fanfarria del cortejo, reluciente de oro, clamorea amplios hosannas de triunfo.....Hom-

Derechos Reservados

Procesamiento Técnico Documental Digital
UDI-DEGT-UNAH

bres y niños trepan á las palmeras; y por las calles, entre la multitud siempre más espesa y ruidosa, los vendedores pregonan agua de las Piscinas de Hesebon y cerezas de Urumyeh.....El cortejo sube la colina lentamente: las alabardas y los escudos irradian entre el flamear de estandartes y de oriflamas.....Y los hierosolimitanos dilatan los ojos, llenos de pasmo, al contemplar los heraldos, que soplan trompetas de plata; los elefantes, los dromedarios y los caballos, cargados de bagajes y cubiertos de gualdrapas rojas, adornadas de gemas incandescentes; la fanfarria real, cuyas trompas, timbales, sistros, clarines y tímpanos simulan monstruos fabulosos, y la teoría de las arpistas, ceñidas todas por el sablah egipcio á rayas blancas y verdes. En una niebla de fuego, el polvo borra el resto del cortejo, que se oculta, repentinamente, en un bosque de higueras y de sicomoros.

Llueve oro. De pronto un clamor de victoria hace estremecer los palacios: el cortejo traspone deslumbradoramente la puerta de las Piscinas. De las ventanas y de las terrazas cae una lluvia de flores; todas las gargantas gritan, todos los ojos resplandecen, todos los brazos se levantan, y el viento pesado del desierto agita, como lenguas de fuego, los gallardetes de las azoteas y las colgaduras de los parapetos. Belkiss surge finalmente sobre un elefante blanco, adornado de un penacho de plumas preciosas y cubierto por una red de oro, entre cuyas mallas sangran carbunclos. Engalanada como un ídolo; un amplio manto de púrpura cayéndole de los hombros: los cabellos relumbrantes de polvo de plata; el rostro velado por *un tul amarillo de Bactriana*, casi inmaterial, como un humo dorado; toda cubierta de pedrerías rutilantes, ardiendo entre temblores de tintas delicadas; entre un vuelo de pájaros maravillosos, escarlatas, azules y verdes, que se agitan en el aire, retenidos por cadenetas invisibles: Belkiss acompaña, indolentemente, con su abanico de plumas de pavo real, el ritmo ondeante de las arpas.....En torno del elefante real, las esclavas danzan, coronadas de flores, sacudiendo sistros argentinos y agitando guirnaldas con ritmos de voluptuosa molicie.....

El cortejo entra en la plaza de Mello. Todo vestido de brocatel, los cabellos sujetos por *una diadema de lino y perlas*, Salomón está en el balcón principal del palacio, con las manos en un vaso de bálsamo para rociar á Belkiss á su paso.

EUGENIO DE CASTRO.

De El Cantar de los Cantares

En mi lecho, por las noches—busqué el que ama mi alma;—busquéle y no le hallé...—Yo os conjuro, hijas de Ieruschalaim,—que si hallareis á mi amado—le digáis—que languidezco de amor.

*

Yo duermo y mi corazón vela;—es la voz de mi amado....—ha llamado á mi puerta. Vedle, viene—saltando por los montes—semejante al gamo—ó al hermoso cervatillo.

*

Mi amado habla y me dice:—Abreme, hermana mía, paloma mía,—porque mi cabeza está llena de rocío—y mis cabellos de gotas de la noche. Levántate, amiga mía;—ven, hermosa mía.—Ya ves, pasó el invierno—y la lluvia se fué.—Ya en el campo parecieron los capullos,—ha llegado el tiempo de cantar,—y la voz de la tortolilla se escuchó.—Levántate, amiga mía;—hermosa mía, ven!

*

Mi amado metió la mano por el resquicio de la puerta—y se me estremecieron las entrañas.—Levanténme para abrir á mi amado.—Mis manos destilaban mirra,—y la mirra de mis dedos cayó—sobre los goznes de la aldaba.—Ah! béseme él con los ósculos de su boca!

Sostenedme, confortadme—porque desfallezco de amor. Ponga él su mano izquierda bajo mi nuca—y con su diestra oprímame.—Robaste mi corazón, hermana mía, con uno de tus ojos—y con un sartal de tu cuello.—¡Cuán bueno es tu amor,—cuán buenas son tus caricias!—Son mejores que el vino!—Más que todos los

Derechos Reservados

Procesamiento Técnico Documental Digital
UDI-DEGT-UNAH

aromas, me deleita tu olor.—Húmedos están siempre tus labios,—miel y leche tienes bajo tu lengua,—el olor de tus vestidos es el del Líbano.

Eres huerto cerrado, hermana mía,—cerrado manantial, fuente sellada.—¡Alzate, cierzo!—¡Abrego, acude!—Oread mi jardín—y espárzanse sus olores!

REY SALOMON.

Símbolo

Dijo á la blanca luna el asfodelo:
"Oh reina del azur, solemne y triste!
¿Qué misteriosa palidez te viste,
Ofelia vagabunda por el cielo?

Cándido cisne de color de hielo,
¿En qué profundo Flegetón caíste?
¿A qué brumoso páramo tendiste
las plumas albas con silente vuelo?"

Calló la flor y doblegó en la urna
su fúnebre corola taciturna,
cual simbólica imagen de lo inerte.

Mientras el astro, como esquife indiano
de vela de ámbar, se perdió en lo arcano
con rumbo á las riberas de la Muerte.

LEOPOLDO DIAZ.

Fragmento

Mi distinguido amigo el *neo colombiano* don José María Torres Caicedo y el venezolano doctor Antich han mostrado gran celo por figurar como autores de la iniciativa del pensamiento que dió el nombre de Bolívar á una calle de París. Muy grande, muy opulenta, muy civilizada por las inspiraciones de la ciencia y del arte, es indudablemente la capital de la Francia, sustentadora del pensamiento moderno; pero con todo eso, yo no puedo ver en la aceptación *obligada* del nombre de Bolívar para una de sus avenidas ó carreras, un título de gloria que aumente la infinita que lleva sobre sí el Creador de un Mundo de Libertad.

Para tal incidente se ha solicitado el *patrocinio* de Víctor Hugo, la lumbrera del siglo XIX. Con perdón de esa Omnipotencia de la gloria del pensamiento, yo que soy átomo invisible ante sus merecimientos y sus admiradores; yo que soy oruga que no puede ni sentir el vuelo de esa Aguila caudal, me atrevo á murmurar que Bolívar no necesita ni una sola de sus palabras de benevolencia para ser grande entre los más grandes de la historia y de la humanidad.

ALVARO CONTRERAS.

Sonetos trágicos

III

LA LLANURA

El resplandor de la sangrienta hoguera
Deslumbraba el cristal de sus pupilas;
Y se nota en sus cláusulas tranquilas
La torpe impavidez de la ceguera.

Llevaban, con vilezas de ramera,
La corrupción venal en sus mochilas;
Y daban el sonar de sus esquilas
En homenajes á cualquier bandera!

Y por una locura del Destino,
Ebrios al fin con el purpúreo vino,
Combatieron con épica bravura:

Y, en medio de una tempestad extraña,
Cayeron la Gironda y la Montaña
En el áspero erial de la Llanura!

AUGUSTO C. COELLO.

¡Oh verso!

Se abrió la flor de la Alta Omnipotencia,
Y el universo fué; bajo la ruda
Corteza que los órganos escuda,
Puso Dios un fragmento de su esencia;

En el nimbo triunfal de su videncia,
La tierra el hombre halló pobre y desnuda,
Y, como al beso de la escarcha cruda,
Se estremeció convulsa su existencia.

Se alzó el Amor sobre el marchito monte,
Y, por verlo mejor, al horizonte
Fué el hombre por caminos muy diversos;

De pronto el alma, en penas encendida,
Miró hacia lo alto y vislumbró otra vida,
Y hacia ella envió el enjambre de los versos.

ANGEL R. FORTIN.

Derechos Reservados

Procesamiento Técnico Documental Digital
UDI-DEGT-UNAH

Miette

Se llamaba Miette y era parisién hasta la punta de las uñas. Yo la quería porque no se parecía á los otros gatos, con su nariz espiritual, color rosa de las rosas de Bengala, sus ojos de un gris muy dulce, azulado, cambiante, como el gris de ciertos cielos de octubre, en el que el sol agoniza en la bruma; su pelo rubio, cruzado por rayas irregulares; sus patas finas, elegantes, como las manos de mi amiga.

Qué pavores al mirarse en el psiquis que le reproducía su imagen: sus *toilettes* interminables en que se acicalaba como una damisela que espera un cortejo de enamorados, y que no se encuentra bastante bella! Qué tentaciones locas sus glotonerías cuando merodeaba sobre los blancos manteles, entre las copas y los platos, olfateando con sus narices dilatadas los perfumes que exhalaban los azulados vapores!

Y su fina voz, en la que se comprenderían las inflexiones; esa voz que suplicaba y se irritaba sucesivamente, que tenía ternuras mentirosas, astucias femeninas! Y sus saltos furiosos, sus carreras por toda la habitación, tan rápidas, que se hubiera dicho que una pelota de seda rodaba, brincaba, estrellándose contra los muebles; sus juegos con cualquier cosa, con la mosca que zumba en el aire, la borla de un cojín, el sobre arrugado que arrastra por el suelo! Y sus contorsiones en las que su cuerpo flexible tomaba actitudes extrañas; sus piruetas de payaso, que excitan los aplausos y los clamoreos del público.

Qué había sido Miette en las metempsicosis lejanas, en las existencias anteriores? Tal vez una seductora endiablada, tal vez una adorada que jugaba con el amor como los saltimbanquis con sus aros de cobre. Seguramente una mujer y una rubia.

Es á causa de esta quimera que la quería tanto, la había hecho mi camarera familiar, íntima, que se tiene sobre la mesa de trabajo, que se acuesta sobre las carillas en las que la tinta está apenas seca; y, por momentos, con un movimiento discreto, con un especial maullido, me recordaba que ella languidecía, que en vez de borronear papel sería mejor palmearla, hablarla y divertirla.

Tenía horror á la soledad y á las tinieblas. La música la sumergía en verdaderos éxtasis. Se hubiera creído que ella la comprendía y que ella seguía el ritmo.

Una noche de verano le traje de la feria de Neuilly un conejillo plácido, casi domesticado, que había obtenido como premio en un juego de muñecos.

Entonces, entre Miette y el recién llegado, se produjo una escena tan amena como el capítulo de *Manette Salomón*, en que el mono de Coriolis se esfuerza en enderezar la cola retorcida de un lechón. Daba vueltas y más vueltas á una distancia respetuosa del conejo; se erizaba, arqueaba el lomo cuando él avanzaba un paso ó cuando blandía sus largas y perezosas orejas.

El conejo la contemplaba con ojos bondadosos, se aproximaba, parecía querer ofrecerle sus servicios. Esto duró una media hora; después, al fin, Miette se atrevió, lo arañó de un zarpazo, le mordió su cuero blanco. El se escapaba á saltos; ella lo perseguía, lo espiaba, lo derribaba.

Y cuando se sintió muy cansada, no pudiendo ya más, se echó sobre él como sobre un diván, las patas estiradas, la cabeza inclinada, aplastándolo con todo su peso al pobre animal, que no osaba menearse, moviendo solamente sus orejas.

Desde ese día el desgraciado sirvió á Miette de colchón, y muy en breve, ahogado, derrengado poco á poco, quedó ético muriendo como los resignados, en la sombra y sin ruido.

Creo que amaba á Miette y que soportaba pacientemente ese suplicio por amor: pero no me atrevería á afirmarlo.

Pobre Miette, ella también se fué, quizás se fué al paraíso de los gatos. Su pequeña alma voló á lo impalpable como la humareda ligera de un cigarrillo ruso y me imagino que habrá resucitado en algún planeta ideal donde las lindas gatitas como ella se encrespan ante los platos de leche azucarada, de salmis de alondras especialmente preparadas para sus

Derechos Reservados

Procesamiento Técnico Documental Digital
UDI-DEGT-UNAH

hociquillos, acudiendo caprichosamente á citas amorosas iluminadas por espléndidas noches de luna, haciendo el carretón de la mañana á la tarde mientras son dichosas.

RENÉ MAIZEROY.

La hora suprema

Va á morir el día, y el Sol toca el horizonte en la gloria de un ocaso magnífico. La montaña, la vieja montaña verde, bañóse en las fantasías de aquel incendio que la envuelve en oleadas de luz de múltiples matices. Grave silencio reina en el valle, en las florestas, en el cielo; la Naturaleza en esta hora admirable, sueña y parece sonreir. Desde las altas copas de los árboles, donde las orquídeas abren sus grandes flores rojas, un salvaje aroma impregna el ambiente; aroma en que se confunden todos los hálitos de la selva: el bochorno propicio á los amores bravíos, y la brisa que esponja las blandas plumas de las aves, y el aliento que emergen, al estallar, las florescencias primaverales.

La luz que se va, juega en todos los ámbitos del cuadro: en el bosque, cuyas hojas parecen láminas de esmeralda resplandecientes; en el valle, que se ve como á través de una sutil gasa de oro y plata; en el cielo, convertido en gigantesco lienzo, donde un sublime pintor ensayara todos los tonos de su divina paleta. Y el Sol se hunde lentamente; se hunde ahogado en un mar de púrpura. De su gran disco de fuego ya sólo se ve un cuarto. A cada minuto que pasa, el panorama cambia: ahora es un resplandor de rosa pálido el que inunda la montaña, y en el cielo, grandes franjas violadas que se esfuman hacia el cenit limitan la roja aureola del astro.

De pronto el crepúsculo asoma; el Sol, para el que fuera aquel pomposo homenaje de despedida, ha desaparecido; pero al hundirse dejó tras sí, como un palio, un inmenso abanico que se abre bajo el dombo de nubes. De oro pálido son sus cañas, y sus plumas de nieve y de jacintos, salpicadas de pequeños diamantes. ¡Ya no hay colores intensos, tenues, vagos, como jirones de ensueños; estos últimos alardes de luz palidecen, se pierden en la mate serenidad del infinito.....

Y este ocaso es una evocación. El recuerdo, doble vida del alma, pasa desenvolviendo ante la fantasía los hermosos anillos de su cadena; hermosos, porque hermoso es todo lo que fué; todo lo que desde el oscuro seno del tiempo puede arrancar una furtiva lágrima á los ojos ó una grata sonrisa á los labios! Los ensueños del niño—dulce banda de palomas blancas de melodioso vuelo—, las horas de rosa de la adolescencia, cuajadas de risas claras y de flores puras; los ardorosos anhelos del joven que siente en sus venas el esfuerzo palpitante de la vida; todo eso despierta! Y se piensa, se medita. El espíritu se busca á sí mismo en lo profundo de la conciencia, sintiendo que Dios lo ha penetrado; y entonces, aquel Sol, perdido allá en la lejanía del poniente, parece resurgir en el alma, llenándola de intensa claridad.

Pero el hombre muere de duda ingénita, y es un enfermo que repugna su mismo remedio: la fe. A punto de creer, vacila. Va ya á penetrar el dogma de la vida; pero ante su razón rebelada, el milagro pliega sus alas diamantinas y se cierra para él.

En tanto que el arrobamiento pesa, la noche se ha hecho. Del paisaje sólo queda un enorme cuadro borroneado de negro, y en oeste, como resplandor de una hoguera de fósforo, una claridad lívida, triste, agonizante, que se apaga en rápidos espasmos, parecidos á relámpagos. El cielo, que antes fuera de un bello azul, casi transparente, se ha tornado pizarra. Cruzan sobre los hojosos árboles ráfagas frías, conmoviéndolos con una extraña y melancólica sonoridad, mientras las estrellas se multiplican admirablemente, como si una mano pródiga deshojara en los espacios innúmeras rosas de oro! Los ojos se dirigen instintivamente arriba, cual si de aquellos astros de la inmensidad del cielo, de la lobreguez profunda de la tierra, fuera á surgir la palabra inefable, reveladora del poderoso misterio; pero á su interrogación muda, las constelaciones no res-

Derechos Reservados

Procesamiento Técnico Documental Digital
UDI-DEGT-UNAH

ponden, y calla la tierra bajo la doble presión de la noche y del silencio. En el cono celeste se confunde la luz, y la vista angustiada no percibe sino una luminosa red tendida sobre las nubes; pero al sur la visión se serena, las constelaciones marchan con su eterna lentitud, mientras la cruz austral, inmoble, llameante en sus cuatro extremos, parece decir que Dios ha creado sus brazos para sacrificar en ellos todas las ansiedades del pensamiento humano!

JERÓNIMO J. REINA.

Tristeza de otoño

Varios amigos íntimos nos reunimos aquella noche en casa de María Suberseaux, que celebraba su cumpleaños.

Antes de las diez, la conversación fué languideciendo por momentos; y entonces María se sentó al piano y tocó—como sólo ella sabe hacerlo—una romanza deliciosa que nos impresionó hondamente.

—Nada causa en mi ánimo tan extraña emoción como esa melancolía dulce y lánguida de ciertas músicas, que parece vagar, aun después de muerto el sonido, en lo más recóndito de nuestro ser—dijo una de las jóvenes allí presentes.

Aquellas simples palabras hicieron en nosotros el efecto de una sugestión. Olvidando el carácter de la velada familiar, cada cual habló de la hora de mayor tristeza por que había pasado su espíritu y de la música que más perdurablemente había logrado impresionarle.

Las mujeres expusieron las más raras teorías, los más complicados casos psicológicos.

Luego les tocó su vez á los hombres. Todos hicimos alguna sencilla confidencia, evocando recuerdos lejanos.

Sólo Armando N***—hermoso muchacho de ojos luminosos y manos ducales, adorado secretamente por María—permaneció en silencio, como abstraído en un ensueño de amargura.

Viendo que todas las miradas se fijaban en él, comprendió que había llegado su turno, y dijo lo siguiente:

—Paseábame con la bella Isabel Stevenson en una tarde del último otoño, á la orilla del mar.

La había conocido en los primeros días de mi llegada al puerto, y simpatizamos de tal modo, que poco tiempo después nos tratábamos como si fuéramos antiguos amigos.

Ella habitaba un pequeño pabellón construido sobre las rocas, y en la hora de las mareas las olas llegaban á depositar sus espumas en el muro de piedra del corredor, pintado de un azul claro y adornado con una colección de acuarelas marinas.

Allí pasé horas inolvidables, al lado de aquella mujer encantadora, alrededor de la cual parecía flotar un velo de poesía y de misterio.

Vestía siempre de negro y era delicioso el contraste del color de su traje con el de su rostro, su cuello y sus manos, de una blancura deslumbradora. Su cabellera, de admirables matices, caía graciosamente sobre sus hombros como una cascada de oro.

Era delgada y esbelta y podría tener veintiséis años. Creo que quien la viera una vez no podría olvidar jamás aquella figura divina de grandes ojos melancólicos, que acariciaban los espíritus con una intensa caricia impalpable. De mí sé decir que su mirada me hacía el efecto de un beso dulce y terrible, dado en mi mismo corazón por los labios ardientes de una mujer querida.

De su vida no sabía sino que era inglesa, que viajaba con su madre—una señora fina y elegante, de cabellos blancos—y que partirían en el primer trasatlántico que llegara á aquel puerto, que les había gustado por su aspecto pintoresco, por su clima y, sobre todo, por la serenidad de sus noches, cuya calma sólo turbaba el sonoro clamor de las olas.

Aquella tarde, una inquietud sin nombre, un hondo desconsuelo, se habían apoderado de mí, sintiendo bajo mi brazo el suave calor del brazo de mi amiga, que muy pronto, quizá dentro de algunas horas, dejaría de ver para siempre.

Ella miraba el horizonte, poblado hacia el sur de enormes nubarrones cenicientos; miraba la movible llanura del mar y el

Derechos Reservados

Procesamiento Técnico Documental Digital
UDI-DEGT-UNAH

fulgor amarillo del ocaso, con una expresión desolada; y envueltos en una como neblina de ensueño, ebrios de emoción y de angustia, caminábamos como sonámbulos por la ancha playa solitaria, sobre la que parecía descender de los cielos azules una tristeza profunda. Nuestros espíritus, impregnados de la doliente poesía de la tarde, sufrían un dolor intenso, y nuestros labios guardaban un silencio desesperado, en el que toda palabra hasta la más leve, hubiera sido inoportuna.

Caminamos así durante algunos minutos, mudos y trémulos, frente al mar infinito. Yo aspiraba el tenue perfume que se exhalaba de los cabellos, del seno, de todo el cuerpo de aquella dulce criatura. Aroma sutil que me embriagaba, que me enloquecía, sugiriéndome una visión inaudita de belleza y de gracia ultraterrestres.

—¿No habéis amado nunca?—le pregunté de improviso, casi instintivamente, impelido por una extraña fuerza interior, por un ardiente deseo de conocer el misterio que rodeaba su existencia.

Ella me miró un instante, y ví en s pupilas una luz nueva. Después, con una bella sonrisa en los labios harmoniosos, dijo sencillamente:

—Sí. He amado mucho, una sola vez. Es una antigua historia de mi primera juventud. Una leyenda de sangre y de lágrimas. El murió trágicamente, lamentablemente: he aquí todo. Yo he jurado ser fiel á su memoria y llevar, durante mi vida, en mi alma y en mi traje, el luto de su amor.

Mientras ella hablaba, sentia yo como si una mano de hierro apretara mi corazón, como si mi espíritu se llenara de lágrimas de fuego.

Guardamos de nuevo un silencio que entonces me pareció solemne.....

Un grito ronco y lejano, que venía de allá, de las inmensas soledades marinas, nos hizo estremecer.....

—Es el trasatlántico—dije yo—mirando en el claro horizonte del ocaso, casi á flor de agua, una pequeña columna de humo.

La hermosa joven me miró un segundo, muy pálida.....

Y continuamos nuestro paseo, inconscientes, taciturnos, bajo la angustia de un silencio mortuorio.....

Llegaba á nosotros, de las últimas casas del puerto, el lánguido sollozo de una guitarra, á la que se unía una voz de mujer, que cantaba una balada melancólica, una de esas banales canciones, de un sentimiento tan vivo, que nos hace sufrir, sufrir sin causa ó gozar con un goce doloroso.....

Aquella música lejana, en la agonía del crepúsculo, bajo el cielo sereno, en el que brillaban, como flores de luz, las primeras estrellas; el monótono rumor de las olas; el vuelo de las aves marinas; el cálido soplo de las brisas errabundas; todo mezclado, compenetrado, confundido con una desolación íntima y suprema, llegaron á producir en mí una tristeza desesperada, honda, infinita; una tristeza ante la cual eran pequeños el cielo y el mar; una tristeza tan inconsolable, tan profunda, tan extrahumana, que creí morir.....

....Morir allí, con la postrera luz de la tarde, con las manos sobre el corazón, con los ojos llenos de lágrimas, con los labios sellados por un silencio terrible, más grande que la Muerte.....

FROILAN TURCIOS.

NOTAS

Bienvenida.—

Saludamos respetuosamente á nuestro Jefe y amigo, General don Terencio Sierra, y á su muy estimable familia, que, procedentes de la Costa Norte, ingresaron á esta capital el domingo próximo anterior.

Album de Minerva.—

El señor Ministro de Instrucción Pública de Guatemala, don J. A. Mandujano, se ha dirigido á nosotros solicitando nuestra colaboración y nuestra fotografía para el *Album de Minerva*, órgano de la festividad anual que se celebra el último domingo de octubre en aquella República, con el objeto de recompensar los esfuerzos escolares hechos en el año acadé-

Derechos Reservados

Procesamiento Técnico Documental Digital
UDI-DEGT-UNAH

mico y dar nuevos estímulos é infundir ardores nuevos entre la juventud que se educa é instruye.

Con placer procuraremos concurrir á ese hermoso certamen de cultura, que dará fecundos resultados en el porvenir.

Fiesta cívica.—

Nuestro amigo el distinguido caballero don José Manuel Gutiérrez Zamora, Cónsul General de México, conmemorará mañana la fecha de la Independencia de su patria.

Corona Fúnebre.—

Hemos recibido la comunicación que dice:

"Guatemala, agosto de 1901.—Señor don Froilán Turcios.—Muy señor nuestro:—Tenemos la honra de saludar á Ud., y nos permitimos pedirle su valioso concurso literario para la *Corona Fúnebre* que nos proponemos editar, consagrada á la memoria del escritor y poeta Domingo Estrada, recientemente muerto en París.—No dudando de la buena voluntad de Ud., esperamos se sirva enviarnos su trabajo á la Redacción del *Diario de Centro-América*, y nos firmamos sus más atentos servidores.—Manuel Valle.—Manuel Dardón h."

Oportunamente corresponderemos á esa invitación.

Entretanto, aplaudimos la generosa iniciativa de los señores Valle y Dardón h. Con la publicación de esa *Corona* se hará un bello acto de justicia á los méritos del inolvidable *Domingo Estrada*, el traductor admirable de *Las Campanas* de Poe y uno de los más vigorosos prosistas de Centro-América.

Revista Nueva.—

Nos ha visitado el número 1. de esta revista, que empezó á publicar en Tegucigalpa, el 1.° de agosto, el poeta Froilán Turcios. Trae buen material inédito, y las reproducciones son escogidas con la predilección del Arte. El simpático escritor y poeta, señor Turcios, es uno de los pocos centroamericanos cuya producción literaria conquista aplausos fuera de los lindes de nuestra patria. Bien por sus esfuerzos, y que sobre su mesa de trabajo florezcan los rosales de la gloria.

"El Alba," León.

Cromos.—

De Buenos Aires nos ha remitido don José López de Maturana el libro de sonetos que, con este título, ha publicado últimamente. Agradecemos el envío y las frases expresivas de la dedicatoria.

La última obra de Tolstoy —

La hija mayor del gran novelista ruso, casada desde hace año y medio con Soukhotine, se encuentra desde hace pocos días en Roma, en donde ha celebrado un *interview* con un Redactor de *La Tribuna*. En él ha dicho que su padre trabaja en estos momentos en una obra comenzada hace diez años. Su título es *Hadji Murat*.

Artes decorativas.—

De mayo á octubre de 1902 se celebrará en Turín, con ocasión de las Bellas Artes, la primera Exposición internacional de arte decorativo moderno, por la que se proponen llevar las nuevas ideas artísticas á la producción industrial.

De Administracion.—

Agradeceríamos á nuestros agentes nos remitieran, á vuelta de correo, el producto de suscripciones correspondiente á los dos primeros meses, que se cumplen con el presente número 4; y el valor de un mes á los agentes nombrados con posterioridad, á quienes remitimos la *Revista* comenzando por el número 3, por haberse agotado la edición de los anteriores.

Como les advertimos en nuestra circular, la suscripción mensual se compone de dos números: el del 1.° y 15 de cada mes). De modo que tan luego como se reciba el de esta última fecha deberá cobrarse y remitirse el producto respectivo, *que necesitamos con oportunidad* para el pago de la edición y demás gastos de la *Revista*.

Hasta hoy sólo los agentes de Juticalpa, Choluteca, San Juancito y La Venta han enterado el producto del primer mes de suscripciones.

Derechos Reservados